

1

No es fácil tener un jefe. No se lo recomiendo a nadie. ¿Qué hace un jefe? Te jode la vida. Te controla, te utiliza, se aprovecha de ti. Mi jefe se llama Rafael Quevedo. Es el vicepresidente de Proyectos Especiales del canal 6. Yo soy su asistente.

Supuestamente, él me está haciendo un favor, un graaaaaan favor, como dice mi mamá. Porque cada vez que puede, mi vieja me lo recuerda y lo hace así, siempre así, estirando la a, como para que yo nunca olvide el tamaño inmenso del inmenso gran favor que me está haciendo mi jefe. Fue ella la que llamó una tarde a Rafael Quevedo y le pidió, le rogó más bien, le suplicó, que me diera un trabajo en el canal. Por favor, Rafael, seguro le dijo. Te juro que si no fuera tan importante no me hubiera atrevido a molestarte. Ayúdame con esto. Algo así debió decir. Así hablan todas las madres. Y, entonces, Rafael Quevedo, para ayudar a mi mamá, me metió en el canal.

Así que tú eres Pablito, me dijo la mañana que me presenté en su oficina.

Fue un mal comienzo: detesto que me llamen Pablito.

En realidad, detesto los diminutivos. Pero no puedo escapar de ellos. Me persiguen. Son como un virus, como una enfermedad. Y los latinoamericanos estamos muy contagiados. No entiendo por qué. Quizás pensamos que el empequeñecimiento es una forma de ternura. A mí me parece tan cursi. Pero igual no puedo evitarlo. Aunque esté pendiente, aunque trate de eludirlos, termino utilizándolos. A veces siento que estoy cercado, rodeado de diminutivos. Para nosotros, todo siempre puede ser más *ito* o más *ita*. Es algo que puede aplicarse a cualquier persona, a cualquier situación, a cualquier palabra. Cariñito, malita, poquito, patadita, machito, peleíta... Una prima de mi madre habla así todo el tiempo. Puede entrar al apartamento y decirme: Pablito, dejé los cigarritos en el carro. No seas flojito, anda, ¿por qué no haces un esfuerquito y me los traes? Tampoco me pongas esa carita. Es sólo un momentico. Ve rapidito, pues. Por favorcito.

Es en serio. Así habla. No exagero. Su récord es decir mi amorcítico. ¿Acaso eso se puede traducir a alguna otra lengua? Es un diminutivo al cuadrado. Un exceso de un exceso. Cuando la escucho, quisiera que los oídos también tuvieran párpados. Eso sería ideal. Andar por la vida pudiendo cerrar las orejas.

Nada de esto, por supuesto, le importa a mi jefe. Él no piensa en estas cosas. Me dijo Pablito y ya, me quedé Pablito. Esa mañana, a sus sesenta y tantos años, estaba vestido con un traje azul y con una corbata juvenil, de fondo amarillo, llena de bacterias rojas. Yo, obligado por mi madre, tuve que ponerme un pantalón elegante y una camisa gris, una pinta que me queda malísima y me hace ver como el tío Antonio, que es una mezcla de visitador médico con pastor adventista, algo horrible. El señor Quevedo me invitó a sentarme y me senté. La verdad,

me sentía intimidado, no sabía muy bien cómo comportarme.

Tu mamá está preocupada por ti, dijo el señor Quevedo, mirándome con una rara sonrisa en los labios. Me pareció que secretamente le divertía mi situación. Estudias Letras, ¿no?, preguntó. Eso me dijo tu madre. Yo contesté que sí. Con cierta vergüenza. No sé por qué. No debería, pero fue así: sentí vergüenza. En la universidad, añadí, intentando que mi respuesta sonara mejor, más digna. El señor Quevedo sólo soltó una carcajada. Pero no son letras de cambio, ¿verdad?, exclamó, como si le sorprendiera de pronto ese juego de palabras, el chiste que se le acababa de ocurrir.

No, no. Es literatura, le dije.

Me aclaró entonces que estaba bromeando. Era obvio que habría deseado que yo también me hubiera reído, que le celebrara el comentario. Pero no. Seguí ahí, con mi cara seria. Luego quiso saber qué futuro podía tener cuando me graduara. ¿Qué se hace después de que uno estudia Letras?, me preguntó, con cierto tono de ironía. Le dije la verdad: no mucho. ¿Y tú?, ya me pareció un interrogatorio, ¿tú qué quieres hacer? También le dije la verdad: no lo sé ¿Tú escribes? Dije que sí, pero moviendo la cabeza. Nada más. ¿Y qué escribes? Poemas. El señor Quevedo pareció sorprenderse. Me miró de otra manera. Yo sentí que tenía una frase burlona atajada dentro de su boca, que la retenía ahí, que no la dejaba salir. Apenas insinuó una sonrisa burlona. Después, suspiró hondamente, como si estuviera actuando, un poco teatral: supongo que sabes que yo fui muy amigo de tu padre, dijo. Con el tiempo he descubierto que esa frase suele ser fatal. Siempre me mete en problemas. Todo aquel que conoció o quiso mucho a mi papá, se siente responsable de mí y, por lo gene-

ral, termina fastidiándome. Lo mismo le pasa al señor Quevedo. Él había querido mucho a Pablo Manzanares y, en honor a esa amistad entrañable, lo mínimo que podía hacer en un momento así era echarle una mano a su único hijo.

Por eso te estoy haciendo este favor, concluyó.

Y por eso estoy aquí, en el canal, concluyo yo ahora. Desde esa mañana, ya llevo casi seis meses viviendo este graaaaaan favor. No es fácil, además, porque para mucha gente sólo se trata de una beca, de un gesto de caridad que tiene el señor Quevedo con el hijo del loco Manzanares. Una vez escuché a unas secretarias hablando de mí como el asistonto de Rafael Quevedo. Me metí en la primera oficina que encontré vacía y redacté una indignada carta de renuncia, definitiva e irrevocable. Luego fui y se la di al señor Quevedo. Todavía estaba temblando de la rabia. Yo soy muy orgulloso, por eso mismo, obviamente, tampoco mencioné en la carta lo sucedido. Sólo escribí que le agradecía mucho su generosidad, el apoyo que pretendía brindarle a mi madre y blablablá, pero que no me sentía a gusto, que no entendía bien el trabajo que me tenía asignado, que más bien a veces ni siquiera parecía un trabajo, que. Mi jefe leyó la carta con los ojos. ¿Condescendencia no se escribe con zeta?, preguntó en un momento sin levantar las pupilas del papel.

Cuando terminó de leer se quedó en silencio por un segundo y después desplegó una amplia sonrisa. Me miró. Estiró la carta hacia mí y susurró: no seas pendejo, Pablito.

Mi madre no lo hubiera comprendido, habría dicho que busqué cualquier excusa para abandonar el trabajo, mi primer trabajo. Pero hasta ahora, en realidad, es muy

poco lo que hago. Casi siempre estoy esperando que mi jefe me dé una instrucción, que me ponga una agenda. Él me asignó una pequeña oficina, más bien es un cubículo con una computadora, donde a veces navego o escribo algún trabajo de la universidad.

Este semestre estoy cursando teoría literaria. Es obligatorio y me aburre demasiado. Emiliana no se inscribió en esa materia. Eso lo cambia todo. Casi siempre coincidimos, pero esta vez ella se inscribió en otro curso. Eso hace que las clases sean todavía peores, más largas, fastidiosas. Si al menos la profesora estuviera buena, podría distraerme un poco. Pero la profesora Guevara es una mujer anti-sexo. La he detallado muy bien. Casi no tiene formas. Es delgada. Tan delgada que no hay nada más. Sólo las líneas rectas, cayendo. Se viste además de manera muy rara, con unas faldas amplias; con camisas de manga larga, sin escote. No parece que viviera en un país tropical. Tampoco la voz le ayuda. Porque en cualquier voz hay sexo, mucho sexo. En cualquier voz menos en la de ella. La profesora Guevara tiene un tono alto y estirado, como si una de sus cuerdas vocales estuviera siempre a punto de romperse. Randy y yo cursamos juntos esa materia. Somos amigos desde el primer día de clases. Randy dice que, detrás de toda esa apariencia formal e insípida de la profesora, quizás se esconde una diablo. Ésa es su fantasía. Randy imagina a la profesora Guevara llegando a su casa y quitándose el disfraz de profesora Guevara y dejando aparecer, entonces, a esa otra mujer que lleva adentro, a la mujer que Randy desea, una mujer sorprendente, con muchas curvas y un ligero negro, ansiosa, salvaje. En alguna oportunidad, en el aula de clases, he descubierto a Randy observarla con una extraña sonrisa. Como si la profesora Guevara fuera en realidad una actriz porno, obligada a seguir mo-

mentáneamente el libreto de profesora de teoría literaria en la Escuela de Letras.

Randy también escribe poesía. Igual que yo, igual que Emiliana. Los tres comenzamos juntos en la escuela. Los tres estamos en el taller que dirige Francisco Pimentel. Nos reunimos una noche a la semana, en la biblioteca de la Escuela. Somos siete. Cada quien va leyendo sus poemas, luego todos los comentamos. Al final, el profesor Pimentel trata de redondear lo que ha pasado en la sesión y da unas conclusiones. Randy piensa que yo estoy ahí, fundamentalmente, por Emiliana. Tiene y no tiene razón. Estoy en el taller porque escribo poesía y quiero aprender. Pero quizás eso no es suficiente. Quizás si Emiliana no se hubiera metido en el taller yo tampoco lo habría hecho. No sirve de mucho porque igual ella no se fija en mí, me sigue viendo como a un compañero de clases, como a un amigo. Pero al menos estoy cerca, me siento cerca, un poco más cerca.

Después de la reunión de programación, a las once y media de la mañana, mi jefe me mandó a llamar. Estela, su secretaria, no tenía buena cara. Prepárate, me advirtió cuando abrió la puerta de la oficina: tiene una idea. Ésa es una de las cosas que he aprendido en estos meses: una de las grandes tragedias de la industria de la televisión son las ideas. Porque todo el mundo tiene ideas. Los dueños del canal, los presidentes corporativos, los hijos de los dueños del canal, los gerentes, los directores de áreas, los sobrinos de los dueños del canal, los ejecutivos de cuentas, los administradores, los primos de los dueños del canal, los actores, los luminitos, los continuistas y los maquilladores, las secretarias y los encargados de la seguridad, las empleadas de la limpieza, los cuñados de los dueños del canal y,

por supuesto, los vicepresidentes de Proyectos Especiales también tienen ideas.

¿Qué significa tener una idea en televisión? Eso es lo peor: una idea puede ser cualquier cosa, puede ser un palpito, una intuición, una estupidez; una idea puede ser todo o nada. Por lo general, es nada. En el poco tiempo que llevo aquí, ya me he tropezado con muchas ideas. Tuve que leer y redactar un informe sobre el proyecto de un viejo libretista que tiene la idea de escribir una telenovela de intriga religiosa. Dice que la audiencia está en una *búsqueda espiritual*. La sinopsis me pareció horrible. Es una historia de amor entre una monja carmelita y un peregrino musulmán. *Dos corazones y un solo cielo*, así se llama. A mí me pareció una porquería.

En otra ocasión, el señor Quevedo me mandó a reunirme con la directora del departamento de mercadeo que también tenía una idea. Había diseñado un programa de concursos para amas de casas. El certamen estaba centrado en las tareas domésticas, pero con una variable diferente: los animadores serían niños menores de diez años. Mi jefe casi lloró de la risa cuando le conté esa idea. Pero igual levantó el teléfono y habló con la directora del departamento de mercadeo, la felicitó, seriamente, fingió gran entusiasmo, le aseguró que la idea era excelente, que de inmediato estaba pasándosela al Comité de Programación y que. Colgó y echó el proyecto en la basura. ¿Qué otra cosa tenemos pendiente para hoy?, me preguntó.

¿Es posible saber cuándo una idea es buena o mala? ¿Es posible, acaso, saber si una idea puede ser un fracaso total o un éxito tremendo? No. No hay método. Nadie tiene la receta. Nadie puede saberlo aunque todo el mundo actúa como si lo supiera. Ésa es otra de las leyes secretas de la producción televisiva. Esta industria es genética-

mente mentirosa. Aquí, todo el mundo miente de manera compulsiva. A toda hora y de cualquier forma. En el fondo, a veces siento que hay más ficción de este lado de la pantalla, en el interior de la industria, que en todos los programas que salen al aire. No hay forma de sobrevivir dentro del canal sin engañar a los demás.

La pantalla está congelada, dijo el señor Quevedo. Todo el mundo está esperando que hagamos algo, ¿entiendes? Le dije que sí, asintiendo levemente con la cabeza. Pero en realidad no entendía demasiado. Por suerte, él se explayó: la competencia nos tiene fritos desde hace dos meses. Nos traen vueltos pomada. No levantamos el *rating* con nada. Necesitamos sacudir el canal. Necesitamos un producto que sea un palazo, que obligue a la audiencia a voltear hacia nosotros.

Dio unos pasos, movió la mano en el aire. Ya nos llegó la hora. Hablaba como si estuviera solo. Para eso está la vicepresidencia de Proyectos Especiales. Pero de vez en cuando me miraba. Ésa fue la conclusión del Comité. Se paró en seco. Quieren que inventemos un milagro. Volvió a mirarme.

Sentí que mi deber era decir algo, decir una frase pequeña, aunque fuera, para demostrar que estaba siguiendo de cerca su monólogo. Pero no se me ocurría nada. Él alzó la mano, como queriendo tranquilizarme. Estaba eléctrico. Hablaba de manera muy directa, sin gastar demasiadas palabras.

Menos mal que a mí se me ocurrió una idea, dijo.

El silencio fue como un latigazo. Cayó así, de pronto, entre nosotros. Yo seguía sin saber qué decir. Por suerte, el señor Quevedo tampoco estaba pendiente de escucharme. Me contó su idea. Tal cual se la acababa de contar al Co-

mité. Yo desde hace tiempo venía pensando en algo así, venía dándole vueltas en la cabeza a un proyecto así. Hoy me tocó soltarlo. Pero los dejé paralizados. Se quedaron boquiabiertos. Hasta el hijo de puta de Fernández se quedó callado.

Ésta es la idea de mi jefe: un *reality show* con indigentes. Buscar cinco o seis o siete mendigos, loquitos de la calle, recogelatas; un grupo de esos pordioseros, enajenados, que andan sucios, deambulando sin brújula por toda la ciudad, y meterlos en una casa para filmarlos durante un mes, las veinticuatro horas del día. ¿Qué te parece? ¿No es una idea genial?

Mi cara debió parecerle un dibujo indescifrable. La idea me resultaba horrible, desagradable, cruel.

Vamos a filmar todo. Lo que hacen, cómo comen, qué dicen, cómo se relacionan entre ellos. En el mismo formato que se ha usado con actores, con jóvenes que quieren ser cantantes famosos, con estrellas del deporte... ¡pero ahora lo vamos a hacer con la gente que está jodida de verdad, con gente real, de carne y hueso, tan de carne y hueso que ni siquiera tienen casa, que no tienen nada, que viven en la calle! ¿Qué tal? ¡Indigentes, Pablito! ¡Vamos a poner la verdadera vida real en la pantalla!

¿Y la gente va a querer ver eso?, me atreví a preguntar, bajito, como dudándolo, arrastrando con cierta pena la pregunta.

El señor Quevedo me contestó eufórico, muy seguro de sí mismo: ¡por supuesto! ¡El público va a enloquecer! Mi cara seguía siendo un crucigrama en chino. No entendía cómo eso podía ser un programa de televisión. Todo me parecía una locura.

Obviamente, nosotros vamos a *intervenir* lo que sucede en el programa, me dijo entonces con cierta ironía. En

la televisión, la realidad también es un espectáculo, Pablito. Aquí, hasta un incendio necesita un guión.

Ésta es la definición de *intervenir* que aparece en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española:

(Del lat. *intervenire*).

1. tr. Examinar y censurar las cuentas con autoridad suficiente para ello.

2. tr. Controlar o disponer de una cuenta bancaria por mandato o autorización legal.

3. tr. Dicho de una tercera persona: Ofrecer, aceptar o pagar por cuenta del librador o de quien efectúa una transmisión por endoso.

4. tr. Dicho de una autoridad: Dirigir, limitar o suspender el libre ejercicio de actividades o funciones. *El Estado de tal país interviene la economía privada o la producción industrial.*

5. tr. Espiar, por mandato o autorización legal, una comunicación privada. *La Policía intervino los teléfonos. La correspondencia está intervenida.*

6. tr. Fiscalizar la administración de una aduana.

7. tr. Dicho del Gobierno de un país de régimen federal: Ejercer funciones propias de los Estados o provincias.

8. tr. Dicho de una o de varias potencias: En las relaciones internacionales, dirigir temporalmente algunos asuntos interiores de otra.

9. tr. *Med.* Hacer una operación quirúrgica.

10. intr. Tomar parte en un asunto.

11. intr. Dicho de una persona: Interponer su autoridad.

12. intr. Interceder o mediar por alguien.

13. intr. Interponerse entre dos o más que riñen.

14. intr. Sobrevenir, ocurrir, acontecer.